

ción á que había traído á la Francia Robespierre: «Paso á paso se la ha conducido hasta una disolución completa de la sociedad. Yo no sé qué manía os ha dado de algún tiempo á esta parte por «los principios sencillos,» ni comprendo la calculada acción de vuestros primeros instigadores, cuyo objeto es destruir la palanca del gobierno y su actividad, así la que es origen de abusos como la que es fuente de beneficios. El verdadero peligro, que todavía está oculto detrás de la nube de la opinión, pero que cada día se va extendiendo más, estriba en la exaltación de las ideas políticas, en la confusión que en ellas reina, y en la falta de un centro, de un interés nacional que las atraiga y una. Un paso más, y la existencia del gobierno quedará destruida ó reducida al poder ejecutivo, pues en lontananza veo al despotismo reirse de la pequeñez de los medios por nosotros escogitados, de nuestras mezquinas luchas de opinión, de nuestras miserables pasiones, y cifrar, en silencio, en todo ello sus esperanzas. Lo que se llama «Revolución» está consumado: los hombres no quieren obedecer á los antiguos déspotas; pero si no se toman muchas precauciones, están dispuestos á crearse otros nuevos cuyo poder sería mil veces más peligroso por tratarse de personas más jóvenes y más queridas del pueblo.» Dupont tenía razón: allí donde hay anarquía ha de haber despotismo, pues la anarquía es una cosa tan antinatural, que un pueblo no la tolera, sino que, puesto á elegir, prefiere renunciar á la libertad antes que al orden. Sin embargo, el despotismo que allí amenazaba entronizarse en seguida no era el que Dupont veía en lontananza, sino el despotismo del club de los jacobinos, que él mismo había ayudado á crear con Barnave y los hermanos Lameth, y ante el cual solo sintió espanto cuando le vio obedecer á Robespierre. También le asistía la razón cuando pedía para el gobierno «un poder vigoroso y duradero,» pero ignoraba de qué manera había de conseguirse este fin; su discurso fué la confesión de un patriota que de repente se encuentra perdido en medio de sus propios ideales, un primer desafío á los jacobinos, de cuyo grupo hacia tiempo que no formaba parte; pero sus palabras ni precipitaron ni hicieron variar el curso de los sucesos.

Robespierre mismo era un ideólogo sentimental, que no tenía noción de la dura ley á que se somete un gobernante cuando quiere llevar á la práctica y sostener por medio de la fuerza un falso ideal político. El hombre que en 30 de mayo de 1791 pronunció un discurso lleno de sentimental filantropía en pro de la abolición de la pena de muerte, no podía sospechar que dos años después, como soberano de la Francia, pisotearía la libertad y los derechos del hombre y elevaría á la categoría de derecho público el asesinato jurídico y las ejecuciones en masa.

El discurso de que acabamos de hablar es tan notable y tan característico para el Robespierre de aquel tiempo, que reproduciremos de él algunos párrafos. El orador comenzó con las siguientes palabras: «Cuando en Atenas cundió la noticia de que en Argos habían sido condenados á muerte algunos ciudadanos atenienses, el pueblo se apresuró á acudir al templo y á conjurar á los dioses que apartaran de los atenienses tan crueles é inhumanas ideas; yo vengo aquí para suplicar, no á los dioses, sino á los legisladores, á los que son órganos é intérpretes de la ley eterna que la divinidad ha dado á los hombres, que borren de la legislación francesa las sanguinarias leyes que ordenan los asesinatos jurídicos y que están condenadas por nuestras costumbres y por nuestra nueva Constitución. Quiero demostraros: 1.º, que la pena de muerte es injusta por su misma naturaleza; 2.º, que no es la pena más terrible, y 3.º, que es mayor el número de delitos que causa que el que evita. El hombre que mata á un niño, al cual puede desarmar y castigar, es considerado como un

monstruo; pues bien, un acusado á quien la sociedad condena, es para esta, por lo menos, un adversario vencido é impotente: ante ella aparece más débil que un niño ante un hombre. En su consecuencia, á los ojos de la verdad y de la justicia las ejecuciones que se hacen con tal aparato no son sino solemnes asesinatos jurídicos, solemnes crímenes cometidos, no por un particular, sino por toda la nación bajo formas legales. Prestad oídos á la voz de la justicia y de la razón, que os recuerda que nunca son bastante seguras las humanas sentencias para que la sociedad pueda matar á un hombre por medio de otros hombres falibles. Aunque hubiérais dado con los procedimientos más completos, aunque contarais con los jueces más circunspectos é incorruptibles, siempre queda un espacio para el error ó para la preocupación. ¿Por qué quereis desprenderos del medio de corregirlos ó remediarlos? ¿Por qué quereis colocaros en la imposibilidad de tender vuestra mano á la inocencia oprimida? ¿De qué servirán los inútiles remordimientos ni la falaz rehabilitación de que hareis objeto á una sombra inanimada, á unas cenizas insensibles? Estos son únicamente tristes monumentos de la barbarie de nuestra ley penal. El primer deber del legislador es formar y conservar las costumbres públicas, que son fuente de toda libertad y de toda felicidad social. En su consecuencia, la ley debe ofrecer constantemente á los pueblos la imagen de la justicia y de la razón. Si en vez de la enérgica, tranquila, y de la moderada severidad que debe distinguirse, manifestais odio y sed de venganza; si haceis que se derrame sangre humana, que podeis ahorrar y que ningún derecho tenéis á derramar; si dais al pueblo el espectáculo de crueles escenas y de cadáveres mutilados, destruiréis en el corazón del pueblo las nociones de lo justo y de lo injusto, y dejareis que crezcan en el seno de la sociedad sangrientas preocupaciones que á su vez darán origen á otras. El hombre deja de ser para el hombre una cosa sagrada, y se forma pobre idea de su dignidad cuando el poder público juega con su vida. La idea del asesinato inspira poca repugnancia cuando la ley da el ejemplo y el espectáculo. El horror al crimen disminuye cuando la ley lo castiga con otro crimen. Guardaos de medir la eficacia de las penas por el exceso de severidad: entre una y otra cosa existe completo antagonismo. Todo abona las leyes benignas, todo se subleva contra las leyes crueles (1).»

Entre los innumerables periódicos que desde que se suprimió la policía de imprenta aparecieron como brotan las setas de la tierra, había uno que nada tenía de santo, *El Amigo del Pueblo* (*L'Ami du peuple*), de Juan Marat, del cual todavía oiremos hablar en adelante. No había nombre alguno que no hubiese sido injuriado por aquel periódico; ningún insulto le parecía demasiado asqueroso, ningún crimen demasiado cruel cuando se trataba de defender á la libertad contra los «traidores.» Únicamente de un diputado hablaba Marat, no solo con respeto, sino hasta con veneración: era Robespierre, á quien llamaba «el digno, el incorruptible.» Pero cuando la Asamblea nacional, á pesar de los discursos de Robespierre y de Petion, mantuvo la pena de muerte, consiguió los aplausos de Marat, que en aquella ocasión los negó á Robespierre. Marat escribió entonces: «Con razón ha acordado la Asamblea la conservación de la pena de muerte para los grandes crímenes; respecto de esta cuestión, nuestros amigos Petion y Robespierre han manifestado una opinión que hace honor á su sensibilidad, pero que en la práctica presenta dificultades de harta magnitud para ser tomada en consideración (2).» Marat veía mejor que Robes-

(1) *Moniteur*, VIII, págs. 546-547.

(2) Número 478. L. Blanc, V, pág. 294.

pierre el porvenir de la Revolución, y debía llegar el día en que el segundo se convirtiera á las doctrinas del primero.

Desde 1.º de junio de 1791 el club de los jacobinos publicó sus discusiones y acuerdos en un periódico propio titulado: *Débats de la société des Amis de la Constitution*. Este periódico demostraba cada día más que el club se acostumbraba á formar un contraparlamento que en definitiva había de tomar el carácter de contragobierno. El nombraba comités, se hacía dirigir memorias, discutía y tomaba acuerdos lo mismo que la Asamblea nacional, sin esperar la aprobación de esta cuando mostraba alguna vacilación y sin consultar si tomaba alguna disposición distinta de las suyas. De esta manera instituyó una comisión que discutiera acerca de los medios de *desaristocratizar el ejército*, y en nombre de la cual Roederer presentó el día 8 de junio (1) una memoria que terminaba proponiendo se licenciara á todo el cuerpo de oficiales del ejército permanente. Robespierre apoyó esta proposición en un discurso en el cual, después de hablar del sentimiento antirevolucionario que prevalecía entre los oficiales, tan patente como incorregible, decía simplemente: «El que no quiera su licenciamiento es un traidor.»

El día 10 de junio fué discutida la proposición en la Asamblea nacional; Bureau-Pusy declaró que el licenciamiento de todos los oficiales era imposible, y propuso que se les exigiera su palabra de honor por escrito de que serían fieles á la nación, á la ley y al monarca. Acto continuo se levantó Robespierre á pronunciar un discurso, en el cual demostró con inflexible lógica la irreconciliable contradicción que existía entre los derechos del hombre y la constitución del ejército. «¿Qué poder es este, preguntaba, que en medio de las ruinas de las antiguas aristocracias es el único que se atreve á levantar su frente en ademán resistente y amenazador? Todos los ramos de los servicios públicos han sido reconstituidos conforme á los principios de la libertad y de la igualdad, y todavía conservamos incólume un cuerpo de servidores armados creado por la monarquía, cuya constitución descansa en las más extravagantes máximas del despotismo y de la aristocracia, y que es al propio tiempo el apoyo y la palanca del despotismo, el triunfo de la aristocracia, la negación más formal de la Constitución y el más insultante sarcasmo lanzado á la dignidad del pueblo. ¿En qué fundamentos poderosos se apoya esa odiosa contradicción entre el antiguo y el nuevo régimen? ¿Creeis que un ejército formidable pueda ser una cosa indiferente para la libertad? Sabeis perfectamente que con los ejércitos las naciones han sido en todas partes sojuzgadas por los gobernantes. Los oficiales se dividen en dos clases: algunos de ellos son afectos al bien público, pero la mayoría tiene principios que son contrarios á la Constitución. Poneis el ejército en manos de caudillos que por naturaleza se sienten inclinados á los abusos que la Revolución ha destruido. ¿Qué esperais de estos caudillos? Si no gozan de consideración ni de autoridad no sirven para nada, y si tienen autoridad, ¿para qué otra cosa mejor han de emplearla que para hacer triunfar sus deseos favoritos?»

Robespierre tenía razón: con la esencia de los derechos del hombre no se avenía ninguna corporación que por naturaleza fuese monárquica y aristocrática. Entre la Francia no sujeta al servicio militar, que se embriagaba con el vino puro de la libertad y de la igualdad, y la Francia que detrás de la bandera debía obedecer sin réplica á la ley de la disciplina del soldado (2), se abría un abismo que no podía salvar

(1) Buzé y Roux: *Histoire parlementaire de la Révolution française*, Paris, 1834, tomo X, pág. 172.

(2) Con razón decía Mirabeau en 18 de agosto de 1790: «No podeis ocultaros á vosotros mismos que el ejército no puede existir sin una severa disciplina; que la paz pública no puede subsistir con un ejército

toda la ciencia legislativa. O el ejército había de ser disuelto por la anarquía ó la anarquía había de morir á manos del ejército: no cabía otra solución.

La insubordinación del ejército era completa: el ejemplo que en julio de 1789 habían dado los guardias franceses no podía dejar de ser imitado, pues la enfermedad de que adolecía el cuerpo de la milicia era en todas partes la misma (3), y el poder de la tentación y del contagio era tal, que no se libraban de él ni los mismos regimientos de tropas extranjeras. En todos los regimientos había comités en los cuales los sargentos y la tropa discutían sobre los derechos del hombre y tomaban acuerdos (4). En muchos de ellos ocurrían diariamente motines, cuyo objeto era expulsar y maltratar á los oficiales; en ninguno podía contarse con la eficacia de una orden, después de la prohibición de los sablazos de plano, castigo introducido en otro tiempo por el ministro de la Guerra, conde de Saint-Germain, como medio de mantener la disciplina; cuando cesaron las quejas contra los castigos deshonrosos comenzó en todas partes la lucha entre los soldados por causa de las cajas de los regimientos. Primero se pidió la rendición de cuentas, luego la simple entrega y reparto del dinero; y cuando estas peticiones eran negadas, se imponían por la fuerza de las armas. Con el intento de apoderarse de la caja del regimiento sublevóse en Metz en 1790 el regimiento alemán de Salm-Salm, y con el mismo pretexto y al grito de: «¡Dinero, queremos dinero!» se amotinaron al poco tiempo los tres regimientos que estaban de guarnición en Nancy, entre los cuales se distinguió por su indisciplina el regimiento suizo llamado *Chateau vieux*. Con las palabras: «Todo hierve, todo arde,» presentó el 16 de agosto el diputado Emery un decreto draconiano contra los amotinados, y el mismo Lafayette fué bastante militar para escribir al general Bouillé: «Es preciso dar al ejército un golpe imponente para poner coto con un ejemplo significativo á la indisciplina general.» Bouillé, la única buena espada con que contaba entonces el ejército francés, reunió 3,600 hombres entre suizos, alemanes y guardias nacionales, y tres cañones, y penetró el 31 de agosto sable en mano en la ciudad, y en una sangrienta lucha en las calles derrotó á los amotinados, matando á muchos y poniendo en fuga á los demás. La Asamblea nacional dióle en 3 de setiembre un voto de gracias por su actitud decidida, voto al cual quiso oponerse un solo diputado, el mismo que en 31 de agosto había dicho que los amotinados del ejército estaban instigados por los enemigos de la Revolución, cuyo propósito era introducir en él la indisciplina, y que uno de estos mismos enemigos era Bouillé, que había jurado la Constitución después de haberse resistido á ello durante mucho tiempo. Aquel diputado era Robespierre. Cuando iba á comenzar la votación, subió á la tribuna: toda la Asamblea pedía que se votara, pero él permaneció de pié en la tribuna. Se leyó el decreto redactado por Mirabeau, y entonces Robespierre quiso tomar la palabra, pero no le fué concedida y el voto de gracias fué aprobado. Lo que había tenido Robespierre que callar entonces lo expresó sin respeto alguno en 10 de junio de 1791. Los oficiales cuyo licenciamiento exigía eran para él rebeldes á la Constitución en primer lugar, y en segundo lugar, tiranos de sus subordinados, cuya causa abrazó insubordinado; no podeis ocultaros que si la declaración de los derechos del hombre contuviera principios que no estuvieran al alcance de todos, el ejército, para asentar la libertad pública, solo podría ser organizado por la declaración de los deberes de cada ciudadano.» Barthe, tomo II, página 434.

(3) Véase más arriba.

(4) *Memoria del ministro de la Guerra, La Tour-du-Pin*, de 6 de agosto de 1790; véase para lo que sigue la *Histoire de l'Assemblée constituante*, de Buzé (Paris, 1846), tomo IV, pág. 1.



decididamente. «Los soldados, se atrevió á decir, se han distinguido generalmente por la mansedumbre con que han sufrido las mayores injusticias y respetado la disciplina y sus leyes, á pesar de sus caudillos, y han hecho resaltar el contraste admirable entre un poder desmedido y una paciencia sin límites. ¿Por qué fatalidad especial nos trastornan la cabeza las ideas mas sencillas? Los oficiales pueden impunemente quebrantar y burlar por las calles las leyes y la Constitución, ¡y á los subordinados se les exige por estos mismos

oficiales el mas profundo respeto, la mas ciega obediencia! Se indigna uno por un movimiento que es signo de vida, que da salida á la impaciencia y que arranca de un sentimiento loable y noble, y se pinta á todo el ejército como una cuadrilla de indisciplinados bandidos. ¿Por qué guerreros leales han de estar bajo la tiranía de oficiales rebeldes? Procurad que respeten esos guerreros á sus oficiales lo propio que á las leyes y á la justicia; pero no les obligueis á elegir entre la obediencia que deben á sus oficiales y el amor que deben



Bouillé

á su patria. Por su palabra de honor se quiere unir á los oficiales con la Constitución. ¿Qué honor es este que está por encima de la virtud y del amor patrio? Me enorgullezco de no conocer tal clase de honor (1).»

La Asamblea acordó obligar á los oficiales á que se comprometieran bajo palabra de honor á ser fieles «á la nación, á la ley y al monarca;» y la situación del ejército seguía siendo la misma cuando el ministro de la Guerra dijo, en 6 de agosto: «La Francia no puede subsistir sin soldados, y con ellos cesará de existir pronto.»

El ideal del Estado que deseaba Robespierre se dibujaba

(1) *Moniteur*, VIII, pág. 631.

cada vez mas claramente: lo que de él sabemos tendía con irrefragable lógica á la supresión de la monarquía en nombre de la libertad, que veía en cada soberano un déspota, y en nombre de la igualdad, que excluía el trono hereditario. En el ejército la monarquía estaba destruida de hecho; en la administración de justicia y en la esfera administrativa lo estaba de hecho y de derecho; para destruirla parlamentariamente los electores debían utilizar las próximas elecciones, que debían producir una Asamblea legislativa. A este fin redactó Robespierre, en 19 de junio, un manifiesto (2), en el cual se insultaba á los monárquicos de toda especie: «Si

(2) *Hist. parl.*, X, págs. 230-232.

quereis saber los sentimientos que animan á ciertos conciudadanos, examinad los tiempos que han precedido á los actuales. El hombre no se emancipa en un día de todas las preocupaciones que han constituido su modo de pensar y de sentir. Si un hombre se ha mostrado una vez en su vida venal é implacable, rechazadle; rechazad á los que habeis visto arrastrarse vergonzosamente á los pies de un ministro ó de una mujer. Su apariencia ha cambiado, pero su corazón es el mismo; hoy adulan á sus conciudadanos como ayer adularon á sus déspotas. De la noche á la mañana no puede un hombre convertirse de venal adulator y de astuto cortesano en héroe de la libertad.»

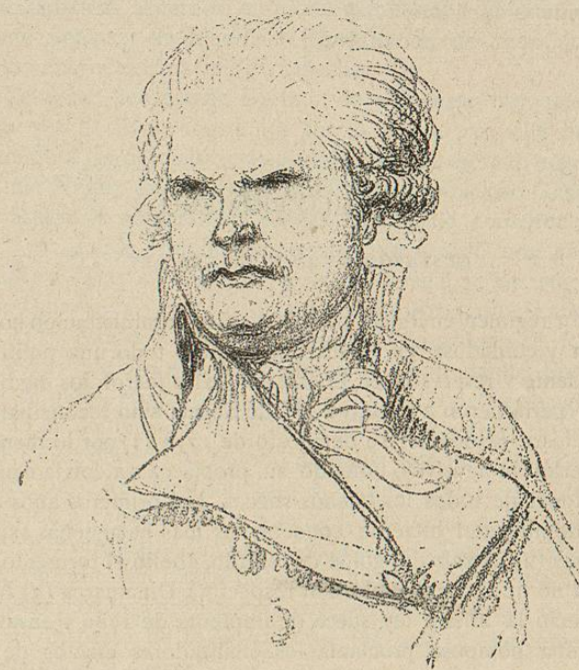
Dos días despues, el 21 de junio, circulaba por París la noticia de que el rey había huido con su familia.

El monarca se había escapado, durante la noche, huyendo de la monarquía convertida en caricatura, y de los monárquicos enigmáticos. En una sociedad de mentira y engaño había brillado por vez primera la verdad, y sus resplandores, en que entonces como nunca se vieron envueltos los amigos y los enemigos de la monarquía, produjeron una impresión indeleble. En vano la Asamblea se aferró á la esperanza de que el rey no había huido, sino que «había sido arrebatado por los enemigos del bien público;» en la misma sesión se leyó un manifiesto que el rey había dejado escrito y en el cual declaraba que había huido porque la Asamblea le despojaba de sus derechos y el club de los jacobinos le arrebató su poder (1). En las esquinas se fijó un pasquin del club de los franciscanos, que decía: «Cuando la Asamblea declaró el carácter hereditario de la Corona hizo esclava á la Francia. No se hable mas de rey ni de monarquía: Francia es una república.» El *Amigo del pueblo*, Marat, publicó un manifiesto en el cual pedía un tribuno militar, un dictador supremo que mandara cortar la cabeza á todos los enemigos del pueblo, á los ministros, á Lafayette y á su cohorte, á Bailly y á su consejo municipal y á todos los traidores de la Asamblea nacional (2).

Los jacobinos se mostraron profundamente indignados. Robespierre denunció la existencia de un complot criminal que habiendo comenzado con la fuga del rey debía terminarse con su regreso, espada en mano, y con la ruina de la Constitución. En este complot entraban todos los ministros y casi todos los diputados. La mentira tan astuta como temeraria de que el rey había sido arrebatado, cuando él mismo escribía que había huido, demostraba la traición. «Ya sé, decía al terminar, lo que me espera: con esta acusación afilo contra mí mismo mil puñales y me entrego á todos los odios; pero si en los comienzos de la revolución, en aquellos tiempos en que apenas se hacía caso de mí y en que solo me veía mi conciencia, hice á la verdad, á la libertad y á la patria el sacrificio de mi existencia, hoy que los votos de mis conciudadanos, la benevolencia general, una consideración exagerada, la gratitud y el amor me han recompensado con creces aquel sacrificio, hoy saludaré como una dicha la muerte, que me evitará ser testigo de una catástrofe que considero inevitable.

(1) *Hist. parl.*, X, págs. 269-273.(2) *Hist. parl.*, X, págs. 285-288.

He hecho el proceso de la Asamblea nacional, ahora exijo que ella haga el mio.» Al oír estas palabras, dijo Camilo Desmoulins con voz temblorosa: «Contigo moriremos todos nosotros,» y ochocientos hombres se levantaron á la vez y juraron con él agruparse alrededor de Robespierre y combatir por él mientras quedara uno de ellos. En medio del delirio que esta escena produjo, llegó la noticia de que los ministros y los miembros de la Asamblea pertenecientes al club en 1789, estaban allí para penetrar en la reunión. Entonces exclamó Jorge Danton: «Si los traidores entran en este recinto, me obligo solemnemente á dejar mi cabeza en el cadalso ó á demostrar que las suyas deben caer al pié



Danton. — De un dibujo de Santiago Luis David (1748-1825).

de la nación, á la que han vendido.» Apenas habían entrado los aludidos, á cuya cabeza iba Lafayette, Danton subió á la tribuna para lanzar sobre el general un cúmulo de acusaciones por sus proposiciones atentatorias á la libertad, llamándole indigno de ser diputado, rebelde á la Constitución y traidor de la patria. ¿Cómo se atrevía á presentarse ante el club, él, que hacía poco tiempo había salido con su cabeza fiador de la persona del rey? Lafayette no supo contestar sino que había ido allí porque en aquellas horas supremas todos los buenos ciudadanos debían unirse á aquella asamblea. «Ahora mas que nunca es preciso combatir por la libertad, y el primero que dijo que un pueblo es libre cuando quiere serlo, fui yo; nunca he estado mas seguro de la libertad que desde que he visto el espectáculo que hoy ha ofrecido la capital (3).» Despues que hubo pronunciado estas grotescas palabras, salió del local para no volver á penetrar mas en él. Nunca como en aquel momento se le había mostrado tan amenazadora la fiera cuyas cadenas él mismo había roto.

(3) *Hist. parl.*, X, págs. 291-300.